

CONFERENCIAS Y ENSAYOS

LOS PROBLEMAS DE LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA

Ricardo Moreno Castillo

Conferencia pronunciada en la Universidad de Lund el 10 de marzo de 2012

Antes de nada, gracias a quienes organizaron este acto, especialmente a mi amiga Inger, por darme la ocasión de hablar aquí, y gracias también a vosotros por vuestra presencia. Voy a hablaros de los problemas de la educación en España, pero me temo que no voy a deciros nada nuevo. No voy a contaros nada que no os suene muy cercano. Y esto va a ser así porque las tonterías que se han hecho en España para destrozar la educación son muy parecidas, según las noticias que tengo, a las tonterías que se han hecho en Suecia. Esto es bastante explicable porque los tontos son todos muy parecidos, cualquiera que sea su lugar de procedencia.

En España se llevó a cabo, alrededor de los años noventa, una reforma que cambió un sistema educativo (que no era perfecto pero sí razonablemente bueno) por otro que ha conseguido que los niveles de conocimientos bajen estrepitosamente y que los del mal comportamiento e indisciplina suban como la espuma. ¿Por qué ha sucedido esto? ¿Cuáles son las razones para que un sistema de enseñanza pueda dar tan malos resultados?

Antes de dar las causas de la catástrofe educativa española, voy a decir cuales no son las causas. Y esto es muy importante porque los forjadores de la reforma están muy interesados en achacar el desastre a factores circunstanciales, para encubrir de este modo su propio fracaso. Según ellos, hay que tener en cuenta que ahora hay familias desestructuradas, debidas a que existe el divorcio. Es cierto, el divorcio es una conquista social relativamente reciente en España, pero no quiere decir que antes no hubiera familias desestructuradas. Las había porque algunas parejas se llevaban mal y tenían que convivir a la fuerza, las había porque muchos padres estaban emigrados y los hijos se criaban con solo uno de ellos o con sus abuelos, las había por muchas otras razones, de manera que por ahí no puede explicarse el descalabro de nuestra situación educativa.

Otra razón que se esgrime es la presencia de inmigrantes en nuestras aulas. Esto sí que es un fenómeno nuevo en España, que coincidió aproximadamente con la implantación de la reforma. Pero atribuir al aumento de la emigración el deterioro de nuestra educación es, además de una villanía, una manera como otra cualquiera de fomentar la xenofobia. Un inmigrante no es por sí mismo más o menos gamberro que un español. Es más, muchos estudiantes, procedentes de países con una escuela más

tradicional (porque al ser países pobres, no tenían dinero para invertir en experimentos educativos delirantes) se escandalizan del poco respeto que los alumnos españoles tienen a sus profesores. Muchos chicos sudamericanos llegan sabiendo dos cosas que ignoran la mayoría de nuestros estudiantes: a pedir las cosas por favor, y la tabla de multiplicar. Lamentablemente, lo primero se les olvida enseguida, porque nada es tan contagioso como la grosería y los malos modales.

Pero quienes así argumentan olvidan dos cosas muy esenciales. La primera, que existen institutos en los barrios y en los centros de las ciudades, institutos con emigrantes e institutos sin ellos, institutos rurales e institutos en pequeñas villas marineras. Por mucho que haya mejorado España en general, y esto nadie lo duda, el medio en el que están situados los centros de enseñanza son distintos, pero en todos ellos el nivel de conocimientos de los alumnos y el de convivencia bajó estrepitosamente en cuanto se implantó la reforma. Cuando una misma reforma provoca efectos tan desastrosos en circunstancias sociales tan variadas, es razonable pensar que la culpa es de la reforma, y no de las circunstancias sociales. La segunda, que la reforma no se implantó a la vez en todas partes, sino que durante varios años estuvieron coexistiendo ambos sistemas. Y ya empezaron a sonar las primeras alarmas, porque se empezaron a ver las primeras diferencias entre los alumnos que habían estudiado en institutos donde se mantenía el viejo sistema y los que lo habían hecho en aquellos que habían implantado el nuevo, claramente favorable a los primeros. Y esta diferencia se podía constatar entre centros próximos entre sí, por lo cual las diferencias que pudiera haber entre los alumnos según su procedencia social eran irrelevantes. Por otra parte, está el ejemplo de Suecia, que cuando hizo sus reformas ni estaba emergiendo de una dictadura ni tuvo que enfrentarse con situaciones sociales muy novedosas. Pero los resultados fueron igualmente catastróficos.

Pero esta manera de argumentar por parte de los responsables de la reforma, la de atribuir el naufragio educativo de nuestro país a causas accidentales y circunstanciales y no a un sistema disparatado, no sólo es equivocada, también es producto, en muchos casos, de mala fe. Y la prueba de ello está en que una gran parte de los que pregonan las excelencias de nuestra escuela pública envían a sus propios hijos a colegios privados. Estaréis de acuerdo en que si un ingeniero nos quiere convencer de que el avión que ha construido es muy seguro, pero el propio ingeniero no se atreve a subirse a él, hay muy fundadas razones para dudar de la buena fe del ingeniero. Entonces, digan lo que digan los mentores de la reforma, ésta no ha fracasado por culpa de los cambios en la sociedad, puesto que estos cambios en España han sido para bien, sino porque la reforma fue un disparate. Y un disparate que se podía haber evitado, no invirtiendo más dinero, sino invirtiendo más sentido común. Y sobre todo, escuchando más a los profesores, que son los únicos expertos en educación.

La causa de fracaso escolar está, sencillamente, en que nuestro sistema es malo, y es porque está mal organizado y porque sus estructura teórica no son más que una lista de prejuicios muy burdos.

1º No protege el derecho a estudiar. Se considera que la educación es un derecho, pero su conculcación no es considerada delito. Si unos alumnos boicotean una clase, violando el derecho de sus compañeros a recibir una enseñanza digna, los boicoteadores están más protegidos por la ley que los perjudicados. Si pisotear el derecho a la educación no está castigado, ese pretendido derecho es papel mojado. Ni el derecho a aprender de los chicos, ni el de los profesores a no sufrir el acoso de los más gamberros está legalmente protegido. No existe pues en España el derecho a la educación.

2º No existe propiamente educación obligatoria. No es obligatorio estudiar (se puede pasar de un curso a otro con ocho asignaturas suspensas), ni respetar a los compañeros y profesores, ni acatar unas normas que sí son obligatorias en cualquier lugar público. Si un alumno le suelta una grosería a un profesor, no es obligatorio pedir perdón. La expulsión no es un castigo para quien no quiere estudiar, más bien lo contrario. Es algo así como si en el antiguo servicio militar obligatorio se premiara el mal comportamiento con unos días de permiso. Es un sistema de enseñanza obligatoria que no obliga.

3º Nuestro sistema educativo confunde estar escolarizado con estar encerrado. Un estudiante que llega a 1º de bachillerato sin saber la tabla de multiplicar o haciendo faltas de ortografía, no ha estado escolarizado, aunque haya acabado la enseñanza obligatoria. Simplemente, ha estado encerrado entre cuatro paredes. Si un estudiante no puede aprender porque está siendo molestado o agredido por otro, no está recibiendo una buena educación, está encerrado entre cuatro paredes. Encerrar a los chicos en un lugar al que solo metafóricamente podemos llamar centro educativo resuelve el problema de que no estén en la calle, pero eso no es escolarizar.

4º No se deja a un estudiante decidir sobre su futuro, pero sí decidir sobre el de sus compañeros. Se mantiene una educación obligatoria hasta los dieciséis con el pretexto de que antes nadie está en condiciones para decidir su futuro. Pero si a partir de los doce años un niño quiere aprender un oficio para entrar cualificado en el mercado laboral y no se le deja, no solo no va a estudiar, sino que también alborotará y no dejará estudiar a los demás, malogrando el futuro de quienes sí quieren estudiar. Entonces, por impedir que decida sobre su futuro, se le deja decidir sobre el futuro de los demás.

5º Otro de los males de nuestra educación está en la proliferación de unos autodenominados "expertos" que, utilizando una jerga pretendidamente científica, no dicen más que patochadas. Y es un disparate elevar a categoría de ciencia lo que no es ciencia (porque el buen enseñar es una cuestión de simple sentido común), porque cuando algo que es de sentido común se quiere convertir en ciencia, se transforma en una jerga que bloquea el sentido común. Y las jergas vacías son muy peligrosas. Así como el lenguaje cambia la realidad (y eso lo saben muy bien los políticos), el lenguaje vacío vacía la realidad. Y así se ha vaciado la educación. Y es indispensable saber enfrentarse a esta jerga, nunca callar ante los delirios de pedagogos, orientadores y expertos que pretenden vendernos las excelencias de una reforma disparatada, y aprender a

argumentar contra ellos. Y ésta es una tarea harto difícil, porque se trata de desmontar un discurso vacío, y que precisamente de puro vacío, deja pocos asideros para la argumentación. Y otra cosa muy importante: no hay que descansar en la idea de que los discursos estúpidos “ya se descalifican por sí mismos”. No, las estupideces no solo no se descalifican por sí mismas, sino que tienen efectos multiplicadores, y tienen muchos seguidores. Es por esto que debemos tomarnos el trabajo de desmontar cuidadosamente las estupideces, aunque hacerlo dé una enorme pereza. Para ello, vamos a señalar algunos de los procedimientos favoritos de los pedagogos para fabricar un lenguaje vacío. Uno de ellos consiste en plantear falsas alternativas.

Por ejemplo, uno piensa que en la escuela se han de enseñar cosas ¿verdad? Pues no, hay quienes defienden que no hay que enseñar conocimientos, sino destrezas. Pero ¿cómo vamos a enseñar la destreza de hacer una cuenta de dividir sin tener conocimiento previo de la tabla de multiplicar? ¿Cómo se puede tener la destreza de traducir un texto latino quien no ha aprendido previamente las declinaciones y las conjugaciones? ¿Cómo se puede analizar gramaticalmente un texto si se carece del conocimiento que permite distinguir un sustantivo de un verbo o una preposición de una conjunción? Pero además, sucede que lo de enseñar destrezas no es ninguna novedad, es algo que siempre han hecho todos los buenos maestros que en el mundo han sido: los profesores de matemáticas siempre han enseñado a hacer problemas, los de latín a traducir y a analizar, los de filosofía a comentar textos. Esta es otra de las técnicas utilizadas por los pedagogos para elaborar discursos vacíos (y que los revela como eternos adolescentes): proclamar como novedoso lo que desde siempre se ha hecho. Y para que los estudiantes tengan los conocimientos necesarios previos a cualquier destreza, no hay más remedio que exigirles que estudien. Y para que esa exigencia sea efectiva, pues habrá que tomarles la tabla de multiplicar, las declinaciones latinas y la lista de las preposiciones. Sí, tomarles la lección, como se ha hecho siempre, sin complejos y sin miedo a parecer profesores obsoletos, caducos ni nostálgicos, y poner mala nota a quien no se la sepa. Y si un alumno se traumatiza por llevar una mala nota, que se aguante. Ya se le pasará.

Otra manera de presentar esa falsa alternativa de conocimientos frente a destrezas, es enfrentar formación a contenidos. Lo importante no es saber contenidos (a los cuales se les descalifica con frecuencia tachándolos de “erudición libresca”) sino de formar personas. Pero formar personas sin dar conocimientos es lo mismo que pretender ordenar los libros de una estantería en la que no hay libros. Una persona bien formada es la que tiene sus conocimientos bien ordenados y estructurados en su cabeza, no la que tiene la cabeza vacía.

Entre las destrezas que, según la moda en curso, hay que inculcar a nuestros alumnos, está la de “aprender a aprender”. Esto es una solemne majadería, por muy prestigiada que esté en ambientes pedagógicos. A aprender se aprende aprendiendo, igual que a nadar se aprende tirándose a la piscina. No hay algo así como un “aprender a aprender a nadar” que luego te permita aprender a nadar. Supongamos que lo que trata de decir el famoso eslogan es que a los estudiantes se les ha de proveer de las necesarias herramientas intelectuales para que, cuando ya no estén bajo la tutela permanente del

profesor, puedan seguir aprendiendo por sí mismos. Pues bien, cuanto más erudito, culto y leído sea un estudiante al acabar su etapa escolar, más capacidad tendrá de seguir aprendiendo. Siento mucho ir a contracorriente de las modas, pero soy un entusiasta de los contenidos. Cuantas más cosas sepa uno, más cosas nuevas podrá aprender. Y esto es así por tres razones:

I. Para aprender algo nuevo, siempre nos apoyamos en lo que ya sabemos. Luego, quien más cosas sepa, más puntos de apoyo tendrá para aprender cosas nuevas.

II. Quien sabe cosas no las sabe por ciencia infusa, sino porque ha dedicado muchas horas y mucho esfuerzo en aprenderlas. El hábito de trabajo y esfuerzo que adquirió para saber lo que ya sabe le será muy útil para poder aprender lo que todavía no sabe.

III. La sed por aprender tiene la particularidad de que cuando más intentas saciarla más sed tienes. Cuanto más sabes, más ganas tienes de saber más. Quien abandona la escuela sabiendo pocas cosas, por muy bien que sepa manejar las nuevas tecnologías, es difícil que tenga ganas de aprender. En cambio, si la deja llevando consigo una buena cultura, también llevará consigo la ilusión por seguir aprendiendo.

6º Un prejuicio muy en boga consiste en sostener que no hay que ser autoritario, hay que dialogar con el niño. Como consecuencia de esto, el profesor ha sido desprovisto de toda autoridad, y las posibilidades de controlar la clase son mínimas. Y, o se admite que el profesor es quien manda en el aula, o todo discurso sobre calidad de la enseñanza es hipócrita. Además, despojando al profesor de su autoridad los alumnos no son más libres: por el contrario, los más matones de la clase amedrentan a los demás, y quienes quieren aprender lo tienen más difícil que nunca porque quienes no quieren no les dejan escuchar. Últimamente se ha hablado mucho en mi país de la posibilidad de convertir a los docentes en autoridad, y han salido algunos diciendo que la autoridad hay que ganársela. Pero quienes así dicen están hablando de dos cosas distintas. Un juez, para ejercer su función, necesita estar dotado de una autoridad que le permita mantener el orden en la sala de audiencias y sancionar las malas conductas que durante el juicio se puedan producir. Si no fuera así, su labor sería inviable. Ahora bien, es cierto que la autoridad moral de un juez se la tiene que ganar él, con la serenidad de sus actuaciones, la imparcialidad de sus juicios y la ecuanimidad de sus sentencias. Una cosa es la autoridad o el prestigio moral que pueda uno adquirir a lo largo de su vida por su buen hacer profesional (y es cierto que eso se lo tiene que ganar cada cual), y muy otra cosa la autoridad que se pueda necesitar para el ejercicio cotidiano de su profesión (y esa sí debe estar reconocida por una ley). La polémica de si la autoridad del profesor debe ser avalada por una ley o si debe ganársela por sí mismo es una falsa polémica, porque en ella se está utilizando la palabra autoridad con dos significados distintos. Ahora bien, a veces estoy tentado a pensar que muchos de quienes plantean esta polémica saben que es una falsa polémica, y que confunden adrede los dos significados de la palabra autoridad. ¿Por qué? Porque así no tienen que admitir algo que atenta contra la corrección política y contra la propia imagen, siempre tan gratificante, de profesor vanguardista y novedoso, pero que es de sentido común: para que una escuela funcione, el profesor ha de mandar y los alumnos han de obedecer. A los profesores que tengan

reparos en ser autoritarios hay que recordarles que cuando abdicen de su autoridad, el resultado no es una alegre y fraternal convivencia pacífica entre los alumnos, sino el abuso de los más fuertes. Quienes tuvieron que hacer el servicio militar, recordarán un dicho que circulaba por los cuarteles: cuando los oficiales hacen dejación de sus funciones, los sargentos tiranizan a la tropa. También hay que recordarles que si los alumnos no encuentran autoridad donde deben encontrarla, la buscan en donde no deben. Hay chicos desnortados, educados sin pautas ni reglas, que acaban integrándose en las tribus urbanas buscando, precisamente, alguien a quien obedecer, unas normas que seguir. Hay otro dicho, también muy repetido, pero rigurosamente falso, que afirma que al niño lo educa toda la tribu. Es falso porque nuestra sociedad es familiar, no tribal, y al niño lo han de educar en primer lugar los padres, y en segundo los profesores, y si unos y otros tienen escrúpulos en ejercer la autoridad, entonces es cuando el niño busca, inevitablemente, el apoyo de la tribu.

7º. Otro de los prejuicios que ha hecho estragos en muchos países es el de que el aprendizaje ha de ser lúdico. Aprender, saber cosas, ser persona culta, puede ser muy gratificante, pero aprender, en cuanto actividad cotidiana, es algo necesariamente rutinario. No hay destreza, por creativa que parezca, que se pueda llegar a ella sin una práctica rutinaria. Nadie puede llegar a ser un buen músico sin muchas y muchas horas de escalas y de ejercicios, ni a ser un gran bailarín sin muchas horas de barra, ni a dominar un idioma sin repetir muchas veces ciertas estructuras hasta llegar a interiorizarlas. No se pueden resolver ecuaciones algebraicas, que permiten una gran variedad de problemas relativamente entretenidos e incluso creativos, sin controlar bien la rutina de las fracciones y de las potencias. No quiero decir con eso que las escuelas hayan de ser centros de aburrimiento, y de hecho todos los buenos maestros saben alternar los ejercicios rutinarios con los más entretenidos, los análisis gramaticales con las redacciones libres, y los problemas de puro cálculo con otros que permitan una mayor creatividad. Pero todo esto no nos puede llevar a ocultar algo que hoy se sustrae con frecuencia a nuestros alumnos: que la escuela no es un circo ni un parque, y que a ella se va a estudiar y a trabajar, no a divertirse. El profesor que hace ver esto a sus estudiantes no es un Herodes, ni un tirano, ni alguien que vive al margen de las últimas teorías educativas: simplemente cumple con la obligación de no engañar a sus alumnos. Unos alumnos que en un futuro tendrán que ir a un centro de trabajo, les guste o no, estén motivados o no, encuentren divertido su trabajo o no. Sí es bueno explicar a los alumnos que, puesto que no hay más remedio que trabajar y estudiar todos los días, más vale hacerlo de buen humor que rabiando, hacer las cosas bien y pronto que a trancas y barrancas, hacer buenos amigos entre los compañeros que llevarte mal con ellos. Cosas todas ellas que pueden hacer más llevadero el trabajo, pero que dependen sobre todo de los alumnos: el profesor no es un payaso ni un monitor de tiempo libre. Y que esto lo tengan claro los estudiantes me parece muy sano.

8º. Hay que fomentar el espíritu crítico, porque los alumnos no deben ser acríticos, sumisos y obedientes. Pues sucede que las tres palabras no son sinónimas, y que si no es

legítimo exigir a los alumnos que sean acrílicos, sí lo es exigirles que sean sumisos y obedientes. Me explicaré. Cuando un juez se niega a casar a dos homosexuales ¿alabamos su espíritu insumiso y desobediente? No, un juez no puede legislar, y tiene que actuar según unas leyes con las cuales a veces estará de acuerdo y a veces no. Y si cree que un delito merece quince años de cárcel, pero el código penal estipula que solo son diez, pues solo le podrá imponer una pena de diez. ¿Eso quiere decir que el sistema exige a los jueces ser sumisos y acrílicos? Sumisos a las leyes que tienen que aplicar, desde luego que sí, pero nadie les pide que sean acrílicos. Si un juez cree que el matrimonio homosexual es contrario a derecho, o que cierto delito merece más pena que la que estipula el código penal, es muy legítimo que defienda su opinión, a través de la prensa, la radio, o de las revistas de estudios jurídicos. Y de hecho los legisladores, antes de elaborar los códigos, deben escuchar a los jueces y a los juristas, en cuanto que son entendidos en la materia. Pero una vez que las leyes están promulgadas, los jueces deben atenerse a ellas. Si cuando necesitamos una transfusión de sangre, el hematólogo se niega a hacerlo por razones de conciencia porque es testigo de Jehová, lo denunciaremos sin tardanza, no celebramos su carácter insumiso. ¿Es eso un atentado a la libertad religiosa? En absoluto, simplemente, quien crea que las transfusiones son inmorales, en lugar de hacerse hematólogo, que se haga electricista. Del mismo modo, quien crea que las leyes solo deben cumplirse cuando estás de acuerdo con ellas, pues que funde una comuna ácrata, pero que no se meta a juez.

Yo no estoy de acuerdo con los programas de bachillerato. En nombre de mi libertad de criterio ¿sería legítimo explicar el que creo que debería haber, y no el que me mandan? Eso dejaría a los alumnos completamente desguarnecidos frente al examen de ingreso en la universidad. También puede suceder que me encuentre en un curso con un alumno con ocho asignaturas suspensas del curso anterior. Según mi modesto entender, esta situación es un disparate. Ahora bien, puesto que la ley me obliga a tener a ese alumno en clase, mi deber es, no solo aceptarlo, sino hacer por él todo lo que pueda, aunque sé que va a ser bien poco. ¿Sería correcto pasar del alumno y tenerlo arrinconado sin hacerle ningún caso? No, tengo que aceptar sumisa y humildemente la presencia de ese muchacho, aunque discrepe de la ley que así lo permite, y tratarlo como a un alumno más ¿Entonces el sistema necesita de profesores acrílicos y sumisos? Pues sumisos sí, porque si cada uno explica lo que quiere, desoyendo las directrices programáticas de la administración, o decide por su cuenta cuáles alumnos son aceptables y cuáles no, se generaría un caos en la enseñanza, y bastante caótica está ya la pobre. Ahora bien, nadie nos pide que seamos acrílicos. Creo tener muchos defectos, pero pienso que nadie me puede atribuir el de ser acrílico o complaciente con nuestro sistema educativo. Pero mientras mis ideas no sean aceptadas, o pido le excedencia, o ejerzo mi oficio de profesor obedeciendo sumisamente las leyes educativas de mi país.

Un ejemplo más. ¿Tendría derecho un conductor a desobedecer las normas de tráfico de su ciudad porque le parecen que están mal hechas? A lo mejor tiene razón, pero aun así, debe obedecerlas. ¿Esto quiere decir que tráfico exige conductores obedientes, sumisos y acrílicos? Pues obedientes y sumisos sí, de lo contrario la circulación sería imposible, pero no tienen por qué ser acrílicos. Quien crea que el semáforo que está en

tal sitio debería de estar en tal otro, y que tal calle de dirección única estaría mejor siendo de doble dirección, puede denunciarlo, proponer cambios, u ofrecerse a sí mismo para cambiar las cosas presentándose para alcalde. Pero mientras tanto, debe obedecer. Obedecer sumisamente una ley de la cual discrepas no es ser acrítico.

Y ahora la cuestión decisiva. ¿No están entre nuestros alumnos los futuros jueces que habrán de juzgar obedeciendo sumisamente unas leyes con las cuales no siempre estarán de acuerdo? ¿No están entre nuestros alumnos los futuros profesores, que tendrán que explicar obedeciendo sumisamente unas directrices programáticas con las cuales no siempre estarán de acuerdo? ¿No están entre nuestros alumnos los futuros conductores que habrán de conducir obedeciendo sumisamente unas normas de tráfico y unas órdenes de los agentes con las cuáles no siempre estarán de acuerdo? Si esto es así ¿No sería bueno ir enseñando a nuestros alumnos un poco de obediencia y sumisión? Es frecuente entre los pedagogos plantear cuestiones que, por el contenido o el tono, es difícil no estar de acuerdo. Cuando te preguntan “¿Es que tú pretendes unos alumnos sumisos y acríticos?”, responde uno, casi por reflejo condicionado “¡Hombre, claro que no!”. Pero respiremos hondo antes de contestar. Pues a lo mejor resulta que sí, que no tiene nada de malo exigir sumisión y obediencia a los alumnos, la misma que sumisión y obediencia que tendrán practicar cuando sean jueces, profesores o conductores. Y si los alumnos han de ser obedientes, la educación ha de ser autoritaria. Y hay que decirlo sin complejos. Decía en una ocasión un pedagogo español llamado Miguel Ángel Santos Guerra, en cuyas páginas la densidad de estupideces alcanza unas cotas difícilmente alcanzables, que entre las contradicciones de la escuela está la de pretender “conseguir buenos demócratas en una institución jerarquizada”. En este despropósito hay dos errores. El primero, que una sociedad democrática también es una sociedad jerarquizada. En la carretera mandan los policías de tráfico, en la facultad manda el decano, en la aeronave manda el comandante, y en la clase manda el profesor. El segundo, que con ese argumento nos cargamos la educación en sí misma. ¿Para qué sirve la autoridad de los padres? Pues para educar a los hijos. ¿Por qué es necesario educar a los hijos? Para que puedan en el futuro prescindir de la autoridad de los padres. ¡Qué contradicción! Aprender a prescindir de la autoridad de los padres obedeciendo a los padres. ¿Cómo vamos a enseñar a hacer una cosa obligando a hacer la contraria? Pues así es, y quien lo considere tan aberrante, que no se meta a educador. El niño necesita autoridad porque necesita una pared para apoyarse. Esa pared es, precisamente, la autoridad de sus educadores. Educar es, sobre todo, frustrar, poner límites, no es siempre una labor simpática, pero no se puede renunciar a ella. Un niño no se traumatiza por exigirle que coma a horas fijas y no abuse de dulces, ni por obligarle a ceder el asiento a una persona mayor, ni por mandarle hacer las tareas escolares. He aludido antes a los chicos que al no encontrar la autoridad donde deben encontrarla, la buscan en donde no deben, en las tribus urbanas. Y estaréis de acuerdo en que, autoridad por autoridad, siempre será mejor la del maestro y la del padre que la de la tribu. Decía Chesterton (que era mucho más inteligente que Santos Guerra, aunque esto no sea poner el listón muy alto) que “no puede haber una educación libre, porque si dejáis a un niño libre, no le educaréis”. Esto es así porque, en principio, ningún niño

quiere ser educado. De lo contrario, no tendría sentido una ley de educación obligatoria, igual que no tendría sentido una ley que obligara a beber cuando se tiene sed. El gobierno, según quienes abominan de la educación autoritaria, tendría que limitarse a construir centros de enseñanza igual que construye fuentes, y luego dejar que los niños se acerquen a ellos guiados por el mismo instinto que lleva a los sedientos a acercarse a las fuentes.

9º. Y ahora una pregunta que a lo mejor os estáis haciendo algunos de quienes pacientemente me escucháis: ¿No sería mejor dialogar con el niño, para que comprenda que debe portarse bien? Craso error. Se dialoga con alguien para convencerle de que haga algo que no tiene obligación de hacer. Dialogo con alguien si pretendo que invierta dinero en un cierto negocio, o si quiero persuadirle para que vote una determinada opción política. Pero cuando voy al médico, le explico mis síntomas y las razones por las cuales acudí a él, pero no dialogo para convencerle de que tiene la obligación de curarme. Si no quiere atenderme, le denuncio sin pérdida de tiempo. Y si tengo una gotera en casa, aviso amablemente a mi vecino de arriba para que arregle su tubería. Y si no lo hace, pues también le denuncio. ¿O voy a tener que dialogar con él explicándole lo molesto que es tener una gotera en casa? ¿Tendré que soportar la gotera hasta que a él le parezcan convincentes mis argumentos? También dialogan dos partidos que quieran llegar un acuerdo, pero este diálogo desembocará, probablemente, en ciertas concesiones mutuas. Pero cuando se educa a un niño, se le imponen cosas que tiene obligación de hacer, por lo tanto sin ninguna concesión por parte del educador. Es cierto que se debe explicar al niño que la necesidad de seguir un horario de comidas, de no abusar de los dulces, y de hacer las tareas escolares, no es un capricho de los educadores, es algo bueno para él. Pero, lo entienda o no lo entienda, no hay más remedio que imponer un horario de comidas, prohibirle abusar de los dulces, y obligarle a hacer las tareas escolares. Del mismo modo que explicamos al médico nuestras molestias, para que me pueda atender y sepa que no hemos ido a la consulta porque sí, igual que le explico a mi vecino lo de mi gotera, para que sepa que mi pretensión de que cambie su tubería no es un capricho mío, pero una cosa es informar y explicar y otra dialogar. A unos amigos míos les sucedió que no podían vivir tranquilos porque el niño del piso de arriba se dedicaba a jugar al balón en el pasillo. Avisaron a los padres, y estos le dijeron que lo sentían muchísimo, pero que no había manera de convencer al niño para que dejara de hacerlo. ¿Cómo puede haber padres tan inconscientes? Al niño se le ha de hacer ver lo molesto que es su actuación para sus vecinos de abajo, pero después, lo entienda o no, se le ha de exigir que deje de jugar al balón en la casa. ¿O van a tener que soportar los vecinos esas molestias mientras el niño no encuentra convincentes los argumentos del padre? Y si el niño sigue en su actitud, el padre le ha de quitar el balón de las manos, físicamente si es necesario, y si forcejea y no se deja, pues a lo mejor se hace necesaria una bofetada. Por expeditivo que pueda parecer, es mucho más sano una bofetada una vez en la vida que unos padres tiranizados toda la vida por el hijo. Hace unos años sucedió en España algo que conmovió a la opinión pública: unos jóvenes, por diversión, mataron a una indigente en un cajero. Seguro que antes hicieron gamberradas

en el ámbito doméstico, porque nadie se estrena de gamberro con un asesinato. Si a tiempo les hubieran parado los pies, sin diálogo ni contemplaciones, no hubieran acabado en manos de la policía. Por no poner límites a tiempo, el primer límite con el que tropezaron fue la policía ¿Y van los policías a dialogar con ellos? Les dirán acaso ¿Es que no sabéis que está muy feo eso de asesinar ancianitas? ¿No sois ya mayorcitos para ir matando indigentes? No, educar a un niño no es llegar a un acuerdo de mutuas concesiones, es imponer unas normas y rutinas que el niño no siempre puede entender, pero que siempre debe acatar.

10º. Admitido eso, que educar en la obediencia y sumisión a los alumnos no tiene nada de malo ni de reaccionario, y admitido también que la obediencia y la sumisión no tienen nada que ver con ser acrítico, vamos a ver cómo podemos hacer de nuestros alumnos personas críticas.

En principio, los alumnos son críticos sin que nadie les estimule a ello. La opinión que suelen tener de sus profesores, las más de las veces, es demoledora. Para conocerla no hay más que leer las pintadas en las puertas de los retretes, órgano de opinión libre e independiente, que desde siempre, estuvo vigente en todos los centros escolares y fuera del alcance de toda censura. También es connatural a la adolescencia decir frases muy sonoras, anunciando como grandes novedades descubiertas por ellos cosas que ya se saben desde los griegos. Pero éste es un espíritu crítico todavía sin pulir, y un buen educador no debe conformarse con él, muy por el contrario, debe exigir mucho más. Si un progre quinceañero suelta una patochada contra esta sociedad tan opresiva y represora, podemos reírle la gracia y celebrar su espíritu crítico, o bien hacerle ver que es una patochada. Y hacerle ver también que si bien la cosa no tiene demasiada importancia, porque patochadas las soltamos todos con más frecuencia de la deseable, eso de decir patochadas no debe convertirse en una costumbre.

Para saber cómo hacer de nuestros alumnos unas personas críticas, será útil averiguar qué formación tuvieron y de qué enseñanza proceden aquellas personas cuya capacidad crítica está fuera de toda duda. Descartes, por ejemplo, fue un reformador que puso en solfa toda la filosofía anterior. ¿De dónde venía Descartes? ¿De una escuela libertaria? No, había estudiado con los jesuitas. En parte critica la educación que le habían dado, pero sin esa educación no hubiera tenido la formación filosófica necesaria para demoler la filosofía anterior y elaborar la suya propia. ¿Y con quién había estudiado Voltaire, cuya independencia de criterio y capacidad de pensar por sí mismo está, me parece a mí, fuera de toda duda? Pues, ¡qué casualidad!, también con los jesuitas. No voy a hacer una defensa de la educación de los jesuitas, pero sí es cierto que el rigor intelectual con que Descartes o Voltaire critican la filosofía anterior, la sociedad que les rodea, o incluso la educación que han recibido, se lo deben, precisamente, a la educación que han recibido. Y ese rigor intelectual es el que se ha de recuperar si queremos formar ciudadanos críticos. Bertrand Russell, a quien algunos han dado en llamar el Voltaire del siglo XX, poseía una muy sólida formación científica y filosófica. Y a ella solo pudo llegar después de muchas horas de estudio metódico, serio y riguroso. Una persona superficial, al ver a un muchacho tan volcado en el estudio, a lo mejor lo hubiera juzgado como un

ser sumiso y acrítico. Jean Paul Sartre perdió a su padre siendo muy niño, y fue en parte educado por su abuelo materno, Charles Schweitzer, quien desde muy joven le enseñó matemáticas y le introdujo muy tempranamente en la literatura clásica. Podrían multiplicarse los ejemplos. Insisto que no pretendo hacer desde aquí una defensa de la enseñanza privada ni religiosa, simplemente señalar de dónde han salido aquellas personas cuya capacidad de crítica nos ha hecho pensar a los demás. Pero además sucede que estos datos son muy explicables a la luz de la razón.

No se puede criticar una noticia de un periódico si no se entiende lo que se lee, lo cual significa que se han de hacer muchos ejercicios de comprensión lectora y comentario de textos durante la etapa escolar. No se puede criticar la sociedad en que vivimos si no se la conoce bien, y para conocerla es imprescindible saber historia, porque entre nosotros está presente el Romanticismo, la Ilustración, la Contrarreforma, el Renacimiento, la Edad Media, Roma y Grecia. Y para saber historia, ¡qué le vamos a hacer!, no hay más remedio que estudiar historia. Y estudiar significa estudiar, en el sentido más tradicional de la palabra, no buscar información por internet ni hacer trabajos de recortar y pegar. Y para que la crítica sea seria y útil a los demás, conviene saber lo que se ha pensado antes. De lo contrario corremos el riesgo de presentar como novedoso lo que se ha dicho hace siglos, o de proponer como buenas unas ideas que ya hace tiempo se han revelado como impracticables. Y para saber lo que se ha pensado antes es indispensable estudiar filosofía, lo cual significa pasar muchas horas y muchas sobre textos de Aristóteles, de Occam, de Kant y de Hegel. Solo quien ha dedicado muchas horas a reflexionar y a estudiar pueden ser verdaderamente personas críticas. A no ser, claro, que consideremos personas críticas a tantos y tantos contertulios que hablan por la televisión, a veces a gritos, de lo que no tienen ni la menor idea, o a quienes queman en público una foto del Rey. Si es así, es muy fácil conseguir personas críticas. Pero quienes no opinamos de este modo, quienes creemos que la crítica ha de ser controlada por el conocimiento (porque de lo contrario la presunta crítica no es más que charlatanería), pensamos que el camino para convertir a nuestros alumnos en personas críticas es el mismo camino que lleva a convertir a nuestros alumnos en personas cultas leídas y estudiadas. Exactamente las mismas virtudes que se les han de inculcar si queremos que puedan seguir aprendiendo por sí mismos.

Por cierto, y esto como simple anécdota. ¿No habéis observado que los mismos que dicen que los alumnos deben ser críticos, no soportan la crítica? A quienes no compartimos las actuales leyes educativas nos han tachado con frecuencia de fascistas, nostálgicos y reaccionarios. Si el alumno es crítico con el sistema educativo, pues que bien, pero si lo critica el profesor, entonces está cayendo en el lugar común de decir lo que se ha dicho siempre. Por concretar un poco más. En el número 393 de *Cuadernos de Pedagogía*, un número monográfico dedicado a discutir si el nivel sube o baja, hay una bibliografía dividida en tres apartados: “Literatura científica”, “Datos oficiales” y “Profesores quejosos”. En este último están, por supuesto, mis libros. Los alumnos han de ser críticos. El profesor que se atreve a serlo es “quejoso”.

11º. Hay que educar la memoria, porque sin memoria no hay conocimiento posible. Siempre que hablo de esto sale alguien diciendo que soy partidario de estudiarse la lista de los reyes. Como si el papel de la memoria en los procesos de aprendizaje se activase aprendiendo listas. Otras veces me preguntan, afinando ya un poco más, si en la educación que recibimos las personas de mi generación no se abusó un poco de la memoria. Y eso es cierto. Soy partidario de usar y ejercitar la memoria igual que soy partidario de subrayar los libros. Ahora bien, si subrayas todo el libro, es igual que si no hubieras subrayado nada. La Historia Universal que estudié en el bachillerato tenía tal cantidad de fechas, nombre y batallas que era imposible sabérselo todo, con lo cual era lo mismo que si no supieras nada. Efectivamente, aprenderse la lista de los reyes godos (aunque a mí nunca me la hicieron aprender) es un esfuerzo absurdo. Pero saberse la lista de los reyes de las casas de Austria y de Borbón, poco más de una docena, es poseer un esquema de la historia moderna y contemporánea de España. De todos ellos hay retratos, de manera que se puede aprender a reconocerlos, educando de este modo la memoria visual (indispensable para el estudio de la historia del arte), y trabando de paso conocimiento con cuadros de los grandes pintores. No tiene nada de malo que un alumno pueda decir: este es Carlos V pintado por Tiziano, este otro Felipe IV retratado por Velázquez, y este Carlos IV pintado por Goya. Este esquema funciona después como un perchero donde se van colgando otras cosas que se vayan aprendiendo. Suele decirse que la historia la hacen los pueblos y no los reyes, y puede que sea así, pero los reyes y gobernantes son los puntos de referencia para ubicar los acontecimientos. Si me preguntan qué año nació Quevedo, no lo sé. Pero en cuanto sé que es contemporáneo de Felipe IV, entonces lo relaciono de inmediato con Velázquez y con el Barroco. Tener en la memoria ciertos hechos y personajes bien ordenados cronológicamente nos permite ir ubicando los nuevos conocimientos. Asimismo, quien sabe señalar los países en un mapa, sus respectivas capitales y algunos accidentes geográficos importantes, sabe situarse cuando le hablan de un lugar al este de Londres, al sur de París, o más allá de los Montes Urales. Las cosas que sabemos, los contenidos de nuestro conocimiento, forman nuestro espacio mental, el lugar por donde se mueven nuestras ideas, y cuanto más cosas sepamos, tanto más holgadamente pueden circular éstas. Podrían multiplicarse los ejemplos, pero basta con éstos para demostrar lo útil que es memorizar algunas cosas. Naturalmente, que las cosas que el estudiante debe memorizar han de ser cuidadosamente seleccionadas, pero una vez se ha hecho la selección, no hay más remedio que ser implacable con ellos: quien no se las sepa no aprueba. Así de fácil.

Una cosa más: la base de la madurez es, precisamente, la memoria. La madurez, explicada de un modo un poco esquemático, consiste en la capacidad de reflexionar sobre las estupideces que uno ha hecho en el pasado, para ser un poco menos estúpido en el futuro. Quien carece de memoria vive en un perpetuo presente y en nada pueden aprovecharle las experiencias pasadas. Es un permanente recién nacido. Lo más parecido a un tonto, después de otro tonto, es un inteligente sin memoria. Bastante nos traicionan ya los recuerdos, ocultando nuestros errores y adornando nuestro pasado, como para proscribir al amigo leal (que es la memoria) y condecorar al traidor (que es el olvido).

12º. Según los pedagogos más vanguardistas, la enseñanza no debe ser transmisiva: el niño ha de aprender por sí mismo. En esta postura hay, a mi juicio, dos errores. El primero consiste en creer que un profesor que transmite su saber “verticalmente” hace a los alumnos pasivos. Eso no es verdad. Cuando un profesor explica, los alumnos tienen que escuchar atentamente y tomar notas de lo que les parece más relevante, lo cual supone una gran actividad cerebral, aunque esa actividad pase desapercibida cuando los alumnos permanecen educadamente en silencio. Si no entiende algo, es el alumno quien ha de tener la iniciativa para pedir la palabra y plantear sus dudas, lo cual significa de nuevo que no son sujetos pasivos. De vuelta a su casa han de repasar sus notas, si acaso pasarlas a limpio, a lo mejor completarlas con el libro de texto, y sobre todo, estudiar. Todo esto también supone una gran actividad. Y por supuesto, si el profesor de matemáticas les pone unos problemas, el de inglés una traducción o el de filosofía un comentario de texto, habrá de hacerlo aplicando los conceptos teóricos que le enseñó el profesor, lo cual supone también una reflexión y un trabajo de los cuales es el estudiante el principal protagonista. Y esos ejercicios se corrigen en clase, normalmente con un alumno que sale a la pizarra y unos compañeros que sugieren mejoras, señalan errores, y corrigen en sus propios ejercicios lo que hayan hecho mal. Y esto es lo que han hecho todos los buenos profesores de todos los tiempos, y nadie me va a convencer de que explicar lo más claramente posible, aclarar las dudas de los estudiantes, y después ponerles ejercicios, sea una mala práctica, por muy tradicional y transmisiva que pueda parecer.

El segundo error está en ignorar que nadie aprende por sí mismo si no sabe antes muchas otras cosas. Einstein elaboró sus teorías reflexionando sobre las limitaciones de la física de Newton, la cual había aprendido durante su formación universitaria. Mucha atención: la había aprendido porque se la habían enseñado, no porque la hubiera descubierto por sí mismo. Idéntica reflexión puede hacerse sobre Galileo o Newton en relación con la física de Aristóteles. Todos los grandes científicos hicieron sus aportaciones después de estudiar a fondo la ciencia que se había hecho antes. Muchos de ellos, sobre todo los que no fueron precoces o los que no procedían de familias con recursos, se habrían malogrado si se hubieran educado con el actual sistema educativo español. La ciencia, comparada con la danza, la música, la religión y otras manifestaciones humanas, es una recién llegada al mundo, precisamente porque no es tan fácil aprenderla por uno mismo. Si lo fuera, el pitecántropo ya habría descubierto la ley de la gravitación universal y la geometría analítica. Cuando el occidente medieval perdió gran parte de la ciencia griega, sin ella se quedó hasta que la volvió a encontrar y no fue capaz de reinventarla ni redescubrirla. Pensemos en las ideas del cálculo infinitesimal, que empezaron a gestarse en la cabeza de Eudoxo, bastantes años antes de Cristo, y fueron retomados por Arquímedes. Los matemáticos medievales les dieron muchas vueltas, hasta que llegaron Newton y Leibniz, con los cuales el cálculo avanzó un paso de gigante. Ahora bien, los propios textos de Newton y Leibniz son muy difíciles de leer, incluso para un matemático de hoy día. Si el cálculo ya es accesible a un estudiante de bachillerato es porque sobre él trabajaron muchos y muy buenos matemáticos.

¿Cómo vamos a pretender que el niño aprenda por sí mismo lo que a los mejores matemáticos del mundo les llevó siglos construir? Un poco de cordura, por favor. Pensemos en un ejemplo menos espectacular, pero no por ello menos ilustrativo. Nuestro sistema de numeración no fue capaz de inventarlo ni el genio griego. Desde que los árabes lo aprendieron de los hindúes y logró imponerse en Europa, pasaron siglos. ¿Cómo va a descubrirlo de nuevo cada uno de nuestros alumnos? Pretender que el niño aprenda por sí mismo es, sencillamente, condenarlo a la ignorancia.

Hace un rato cité al escritor inglés Chesterton. Quiero acabar con otra cita de él en el que critica con mucho ingenio este prejuicio de “aprender por uno mismo”. El texto es de 1910, lo cual demuestra dos cosas. La primera, que las ideas que muchos educadores progresistas presentan como novedosas, de novedosas no tienen nada. La segunda, que contra esa idea presuntamente progresista siempre se han rebelado las personas de buen sentido.

Sé que algunos pedantes frenéticos han defendido que la educación no es en absoluto transmisión, que no enseña en absoluto por medio de la autoridad. Presentan el proceso como una llegada, no del exterior, desde el maestro, sino desde dentro del niño. Dicen que la educación es la llave para dirigir o sacar facultades dormidas de cada persona. Por lo visto, en algún lugar profundo de la oscura alma infantil hay un deseo de aprender las declinaciones griegas, y el maestro de escuela sólo libera amable y tiernamente ese aprisionado propósito. Sellados en el bebé recién nacido, están los secretos intrínsecos del modo de comer espárragos y cuál es la fecha de la batalla de Waterloo. El educador sólo extrae del niño su amor invisible por las divisiones largas. [...] No estoy de acuerdo con esta doctrina. Sería tan lógico decir que la leche del bebé procede del bebé como decir que sus méritos educativos proceden de él. Hay sin duda en cada criatura viviente una colección de fuerzas y funciones, pero la educación, o significa darles unas determinadas formas y entrenarlas para determinados propósitos, o no significa nada en absoluto. El hablar es el ejemplo más ilustrativo. Se pueden sacar gemidos y gruñidos del bebé pellizcándolo y tirando de él, un pasatiempo agradable aunque cruel, al que muchos psicólogos son adictos. Pero habrá que esperar y observar con mucha paciencia antes de sacar de él el idioma inglés. Primero habrá que metérselo dentro.